

Quijote

DIRECTOR PROPIETARIO

José María Estevan.

DIRECTOR ARTÍSTICO

E. S. Hermua (Mecachis)

PRECAUCIONES (POR MECACHIS)



SEMANARIO

POLÍTICO, ILUSTRADO, SATÍRICO
Y LITERARIO

Subscripción y venta: Madrid y provincias, trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8. — Ultramar y Extranjero, año, 15,00. — Anuncios, á precios convencionales. — Se subscribe y se vende en las principales librerías. Redacción y Administración, Soldado, 8, bajo.

A l'Etranger, 30 centimes chaque numéro

HORAS DE OFICINA: DE 11 Á 1

— Usted siempre tan arrebatadora y tan... ¿Y su mamá, cómo sigue?

— Ya sigue mejor, gracias. Con todo tiene conformidad menos con el que yo salga sola; porque, como dicen que hay tantos libertinos en este Madrid...

SUMARIO

TEXTO.—Importante.—Alberto Bosch Fusteguera.—Crónica, por Gil Blas.—Rimas que no riman, por José María Sbarbi.—Interrogatorio (poesía), por J. López Silva.—La alimentación, por Juan Pérez Zúñiga.—Armonía (poesía), por Enrique González Quesada.—¡Y lo dudas! (poesía), por Carlos Ossorio y Gallardo.—A... (poesía), por F. Talens y Ramírez.—El sueño de Mecachis, por Macachifles.—Á un antigerundiomaniaco, por Eduardo S. Hérmua (*Mecachis*). Noche de concepción, por Vicente Bas y Cortés.—Suelos y atados.

GRABADOS.—Precauciones. Alberto Bosch Fusteguera, Los viernes de los Sres. de Vinagrillo (continuación), por *Mecachis*.

IMPORTANTE


Habiendo acordado el Círculo liberal reformista, en su reunión de 13 del corriente, abrir una subscripción, extraña á todo partido político, para socorrer á las familias de las víctimas de Riotinto, la Redacción de DON QUIJOTE, confiada en los nobles y caritativos sentimientos de sus lectores y del público en general, suplica á cada uno se sirva contribuir á tan buena obra remitiendo á esta Administración, calle del Soldado, núm. 8, bajo, la cantidad que estime conveniente, aunque sea muy pequeña.

SUBSCRIPCIÓN

	Pesetas.
Suma anterior (1)	59
Sr. D. Juan Tobar	2
Sr. D. Julio Fernández	1
Sr. D. Miguel Escapa	2
Sr. D. Miguel Imáz	50
Sr. D. R. P.	1
Sr. D. Julián Arias	2
Un ex memorialista	10
Sr. D. Florencio Victoreno	50
Sr. D. Martín Pereda	50
Sra. Doña Andrea Márquez	25
Sr. D. Jaime Gascón	50
Sr. D. Bartolomé Crespo	50
Sr. D. Francisco Burgos	20
Sr. D. Guillermo Ballester	1
Sr. D. Sebastián Basterra	1
Sr. D. Joaquín Meseguer	1
Uno	250
Total	75,55

(1) La suma del número anterior es 59 pesetas en vez de 49, como equivocadamente se puso.

DON ALBERTO BOSCH Y FUSTEGUERA

 EN la ciudad de Tortosa (Tarragona), y en 26 de Diciembre del 48, nació el Sr. Bosch y Fusteguera.

Después de estudiar las primeras letras en Villaviciosa de Odón, cursó y aprobó en el Instituto de esta corte las asignaturas de la segunda enseñanza; y

si en aquel pueblo dió pruebas de su laboriosidad y raro despejo, en el Instituto, cuyos estudios son verdadera piedra de toque para venir en conocimiento del talento y aplicación de los alumnos, mostró su principal y más recomendable afición: la de ensanchar los límites de sus conocimientos.

Terminados estos estudios, comenzó los de ciencias exactas; mas como necesitaba por imprescindible inclinación contraer á más difíciles asignaturas su rara inteligencia, los simultaneó con los de la carrera de ingeniero de caminos, canales y puertos.

Durante los dos últimos años de esta carrera, empujada por muchos y concluída por pocos, tuvo á su cargo, como profesor auxiliar, la cátedra de Física matemática.

Esta asignatura, perteneciente al doctorado de la Facultad de Ciencias, es de las más difíciles; porque si difícil y vasto es el estudio de la Física, y vasto y difícil el del cálculo algebraico é infinitesimal, fecundo y poderoso medio de la investigación matemática, mucho más debe serlo, y lo es seguramente, el de la unión de todos esos grandes elementos de la ciencia del ingeniero.

A pesar de esto, el Sr. Bosch desempeñó su cometido como si hubiera ganado por oposición la cátedra para desempeñarla siempre, mas no con el mayor ó menor acierto del profesor que por imprevistas circunstancias, y á veces contra su gusto, se ve en la necesidad de dar lecciones de tal ó cuál asignatura.

Y esto, como hemos dicho, ocurrió antes de acabar el Sr. Bosch la carrera de ingeniero, cuando distaba de poseer todos los conocimientos que le colocan en lugar tan envidiable cuanto de difícil acceso. ¡Privilegio de los de extrema inteligencia, sostenida, desarrollada y aumentada por la perseverancia y el incesante estudio!

Concluída su carrera, el Sr. Bosch fué destinado á Sevilla, y posteriormente al Instituto Geográfico y Estadístico, donde le encargaron importantes y difícilísimos trabajos meteorológicos y astronómicos.

Y lo raro, de admirar y digno por todos conceptos de alabanza, es que, aunque ocupado en esos trabajos, que exigen mucha ciencia y asiduidad y no poco tiempo, aumentó el rico caudal de sus conocimientos con los estudios de la carrera de Leyes y se licenció en Derecho civil y canónico.

Como publicista, el Sr. Bosch se distinguió notablemente dando á luz multitud de artículos de diversa índole y algunas obras de matemáticas tan excelentes, ordenadas y claras, sin dejar de ser profundas, que fueron recomendadas eficazmente por la Real Academia de Ciencias.

Diputado á Cortes por el distrito de Roqueta (Tarragona) en la primera legislatura de la restauración, pronunció varios discursos tan buenos por la feliz elección de los pensamientos y de sus formas, como por la numerosidad y gallardía de las cláusulas, la incontestable lógica, la corrección y cuanto embellece un discurso que puede servir de modelo.

Nombrado director general de Establecimientos penales, fue preciso enviar á la Conferencia internacional, iniciada por el rey de Suecia y verificada en París, quien representara á España. Se necesitaba persona de grandes estudios y experiencia, de acreditada disposición y conocimientos de nuestras leyes, y la elección, como era de esperar, recayó en el Sr. Bosch y Fusteguera.

Terminada la Conferencia, en la cual trabajó acertada y activamente, volvió á España; mas no lleno del orgullo que pueden justificar los grandes hechos, sino de su habitual modestia y con la tranquilidad del que ha cumplido con su deber.



Alfredo Bosch

Después escribió tan excelente Memoria que hasta por los menos inteligentes será siempre leída con gusto.

Candidato de oposición en las siguientes elecciones, fué elegido senador y diputado. Optó por este cargo y pronunció en las Cortes brillantísimos discursos, de gran nervio lógico, contra la política fusionista, enemiga del progreso nacional y, por lo tanto, del Sr. Bosch y Pustiguera.

Disueltas esas Cortes, fué nombrado subsecretario del ministerio de la Gobernación y después alcalde presidente del Ayuntamiento de Madrid, y á causa de la coalición electoral presidió el Ayuntamiento de que formaron parte los Sres. Sagasta, Pi y Margall, Figuerola, Martos, Becerra, Vega Armijo y otros de no menos talento y fama.

Buena fue la administración entonces; y no sólo se distinguió en ella el Sr. Bosch, sino en sus grandes é incesantes trabajos para contener la invasión colérica; trabajos admirados por todos, hasta por los adversarios políticos, que en aquel Ayuntamiento muchos, imparciales y entusiastas votos de gracia le dieron.

Entonces, siendo diputado por Albacete, fundó y explicó las clases ó conferencias destinadas á los obreros.

Disueltas esas Cortes á la muerte del rey don Alfonso, y senador de oposición por Madrid, combatió rigurosamente en varios y elocuentísimos discursos la dañosa política del Gobierno, tomó parte en todas las discusiones relativas al Mensaje, en varias de carácter político y especialmente en las económicas.

Presidente de la Económica de Amigos del País, síndico profesor de la de Jurisprudencia y Legislación, honrado con las grandes cruces de Isabel la Católica, el Mérito Naval y la Orden de Cristo, y con la de primera clase de Beneficencia; doctor en ciencias, ingeniero, jurisconsulto, elocuente orador, gran publicista, norma de caballeros es el Sr. Bosch, honra de Cataluña, honra de la nación.

Cuando ocupe el alto puesto que le dará su mérito, desaparecerá el rubor que enciende el rostro del honor de España.

CRÓNICA

PERO sería esta crónica si me dejase en el tintero cuanto recuerdo del diálogo que un D. Francisco y un D. Pedro, á quienes no conozco, sostuvieron ayer en el Suizo.

D. Pedro, cuya piel estaba, y supongo que estará, pegada á los huesos, alto de cuerpo, y que sin gran esfuerzo puede dar el *fa* sostenido grave de los buenos bajos, dió de palmaditas en la espalda á su amigo y le dijo:

—Desengañese usted, D. Francisco: la libertad de la Prensa es motivo de grandes males. Además, ¿sirven para algo los periodistas? Para nada, hombre. No, no haga usted gestos, que eso es tan verdad como que dos y dos son cuatro. Y si no, escuche usted. Se termina la construcción de un edificio, y los periodistas, que por lo común no saben ni jota de la resistencia de los materiales, de sus precios, de sus combinaciones, de estética arquitectónica, etc., etc., se dan á escribir artículos y artículos para poner faltas á lo bueno y alabar lo que no vale ni una peseta. Y como lo dicho es aplicable á la música, la pintura, la industria... ¡Vaya unos periodistas!... Si estuviéramos en otros tiempos...

—Calle usted, D. Pedro—exclamó D. Francisco dando un puñetazo en la mesa.—De modo que usted quie-

re que los asen como sardinas, ó cuando menos que los amordacen, encarcelen ó deporten como á gente maleante, sin oficio ni beneficio, y dada, por añadidura, á toda clase de delitos? El hombre es libre, ¿lo entiende usted, D. Pedro? Libre, pero hasta cierto punto; y entre los límites de su libertad está eso de tener derecho á criticar las obras ajenas. Además, como hay periodistas ingenieros, arquitectos, músicos y de todas las profesiones, la de *danzante* inclusive, entiendo que la Prensa entiende y puede hablar de todo.

—¿Y le parece á usted bien lo del Congreso? Ahí tiene usted, ahí tiene usted las consecuencias de esa dañosa libertad. Tener derecho á meterse en todo, á decir de todo en esos papelotes...

—Esos papelotes sirven para recordar lo pasado, avisar acerca de lo por venir, ilustrar al pueblo y tener á raya hasta á las primeras autoridades. Si no existieran, ¡qué enterados estaríamos de cuanto debemos saber de memoria!

—¿Y lo del Congreso?

—¿Y qué culpa tienen los periodistas de que las oraciones del Sr. San Pedro y de otros señores diputados pertenezcan á la familia de las *marcotíceas*?

—Los periodistas deben ir al Congreso á ver, oír, callar y escribir; no á censurar ó aprobar las decisiones de la Cámara ó los discursos.

—Pero, hombre de Dios, ¿no sabe usted que los periodistas están en el Congreso como en su casa?

—Es verdad.

—Pues si lo es, no es de extrañar que á la terminación del discurso de marras la tribuna de la Prensa prorrumpiera en exclamaciones, desahogo natural, involuntario acaso, de aquellas *victimias del oído*.

—Desahogo que disgustó á la minoría conservadora.

—Mejor; lo que disgusta á los conservadores suele ser bueno. Y vamos á ver: si al *discursito* hubiera seguido otro parecido, uno del Sr. Los Arcos, por ejemplo...

¡Ah! ¡Si hablara tanto y de igual modo la niñera de casa!... Además, ¿recuerda usted aquello de *quod omnia disciplinans, et artibus debet esse instructus orator*?

—No sé latín.

—A un puede usted aprenderle. Pues bien: ese latínajo dice, en suma, que el orador debe de ser muy instruido.

—¿Quiere usted que hablemos de otra cosa?

—Como usted guste.

Y con mucha calma, y sin aludir al asunto del anterior diálogo, comenzaron á hablar de cosas que solamente á ellos interesaban.



El discurso á que me he referido, pronunciado por el Sr. San Pedro, me recuerda un hecho graciosísimo.

A la puerta de uno de los magníficos casinos que construyó á sus expensas en Utrera el Sr. D. Enrique de la Cuadra, estaba un socio tomando el sol y leyendo un diario.

Se llegó á él un forastero y le dijo:

—¿El Sr. Dios?

—Ahí dentro está tomando unas cañitas con San Pedro.

—Oiga usted, ¿cree usted que tolero burlas, amigo?

—Entre usted, y se convencerá de que no le mentido.

Y, efectivamente, el Sr. de Dios estaba tomando unas cañitas con nuestro buen amigo el distinguido médico cirujano D. Joaquín San Pedro.



Le Figaro publica un despacho en que su corresponsal, Mr. Jacques Saint-Cère, le participa sucesos de San Remo.

Según dicho telegrama, el doctor alemán Bergmann amenazó al corresponsal de un periódico austriaco con entregarle á la policía si no se retiraba de su aposento. Mas como no todos los médicos son como ése, sabemos que el estado del príncipe es gravísimo y que en Diciembre se le debió hacer la operación.

A pesar de los horrorosos dolores físicos y morales del enfermo, de la angustia de la esposa y del pesar que en todo corazón producen las conmovedoras escenas de San Remo, entre los médicos ingleses y los alemanes, por espíritu de nacionalidad ó de partido, ó por lo que sea, pero siempre por algo censurable, ni hay armonía ni consideración alguna, ni multitud de cosas que su ministerio y las circunstancias exigen.

Verdugos llaman los ingleses á los alemanes; los alemanes, cuando son desobedecidos, dirigen telegramas al canciller, y el canciller muestra la severa razón de Estado...

No sólo en la prensa alemana, sino en la cámara del enfermo, á cuya puerta deberían quedar las rivalidades, los odios y la política, se encarnizan unos con otros los médicos.

Así, no es de extrañar que en media hora, según se dice, pusieran cinco veces una misma cánula en la garganta del príncipe, cuyos humores expectorados, si dice verdad *Le Soleil*, producen irresistible olor.

Y se habla con vaguedad de abdicación, de una conspiración en que está comprometido el príncipe Guillermo, y de promover un conflicto entre éste y el enfermo.

¡Pobre *kronprinz!* ¡pobre esposa! ¡pobre Alemania, cuyos destinos estarán á merced de los privados y de un príncipe belicoso cuanto inexperto!

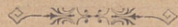


Al fin y al cabo el presidente del Consejo de Ministros declaró en el Congreso que había hecho indicaciones al señor duque de Montpensier para que no viniera á España; y como dice *El Correo* que para el Sr. Sagasta no ha sido muy agradable que haya desatendido sus consejos dicho señor, es casi claro que el Sr. duque ha legado á Madrid arrojando esas indicaciones.

En éstas, consejos, observaciones ó lo que an, no vemos más que el interés personal ó el del fusionismo; porque, entre otras cosas, si fuera dañosa para la Monarquía y la tranquilidad la presencia del señor duque en Madrid, ¿cómo se explica que haya sido recibido cariñosamente en el Real palacio?

Los tejidos del fusionismo no nos resultan; son muy bastos.

GIL BLAS.



RIMAS QUE NO RIMAN

Los sucesos, aunque de distinta índole, han dado respectivamente origen á un refrán español y á otro francés, significativos ambos de la idea que expresa, en general, no avenirse bien una cosa con otra, ó no existir la debida é inmediata relación ó correspondencia entre antecedente y consecuente. Empezaré, pues, por referir la historia del refrán español, no ya por aquello de que *á los tuyos con razón ó sin ella*, sino por haber nacido antes.

Cuéntase, con efecto, y del suceso, siquiera verdadero, siquiera falso, hácese ya eco nuestros refraneristas del siglo XVI, que en cierta ocasión estaba ofreciendo en la misa mayor una mujer casada, á la cual la dijo el sacristán: *Mucho os quiero, señora*; á lo que respondió ella: *Yo á vos también*. No lo dijo ésta en voz tan baja que no llegara á oídos del marido, con lo cual, algo escamado éste, preguntóle á su costilla qué le había dicho el apagavelas.

—Que le preste un azadón—respondió la cónyuge sin inmutarse.

A lo cual replicó el marido, aunque sin ser poeta, manifestando que en ciertas ocasiones entienden de Poética hasta las piedras:

—PRESTADME UN AZADÓN, YO Á VOS TAMBIÉN, *no viene bien, mujer*.

Desde entonces quedó en proverbio objeción tan oportuna como elocuente.

El suceso transpirenaico es como sigue:

Un comerciante al por menor residente en París, y cuyo nombre nos ha transmitido la historia al decir que se llamaba Bombel, tan ignorante en materias literarias como listo para sus empresas mercantiles, tuvo el disgusto de ver morir á su íntimo amigo el pertiguero (*suíse*) de la iglesia de San Eustaquio; y con el fin de hacer más pública su pena, propúsose pagar el condigno tributo á la amistad componiéndole al finado un epítafio que diera golpe. Pero, estando el caso y estribando la dificultad en que había de redactarlo en verso, y como quiera que en su vida las había visto más gordas, fué á aconsejar con un maestro de escuela tan leído como él para que le explicara las leyes fundamentales del arte de hacer versos; el cual, después de oída su pretensión, le dijo con aire magistral y voz ahuecada:

—Aun cuando toda composición poética deba girar sobre el mismo asunto, cada verso debe enrañar no obstante, en cuanto posible sea, una idea independiente. En cuanto á la rima, basta que las tres letras finales de un renglón sean idénticas á la del anterior.

No lo dijo á sordo aunque sí á tonto; así es que, repitiendo la lección por el camino, llegó á su casa, donde, después de mil vueltas y revueltas, y borrador va y borrador viene, y éste rompo y aquél corrijo, dió á luz, á costa de laborioso parto, la siguiente célebre inscripción funeraria:

Ci git mon ami Mardoche;
Il a voulu être enterré à Saint-Eustache;
Il a porté trente-deux ans la hallebarde;
Dieu lui fasse miséricorde.

(Par son ami J.—D. BOMBEL, 1727.)

De aquí proviene el refrán francés que dice:

Cela rime comme *miséricorde et hallebarde*.

Al empezar diciendo que «dos sucesos, aunque de distinta índole, han dado respectivamente origen á un refrán español y á otro francés, significativos ambos de la idea que expresa, en general, no avenirse bien una cosa con otra, ó no existir la debida é inmediata relación ó correspondencia entre antecedente y consecuente», no he pretendido dar á entender, ni mucho menos, que sean dichos refranes los únicos que existan referentes al particular, sino que, lo que me proponía, era explicar los diversos móviles á que cada uno de ellos debía su respectivo origen.

Y, á la verdad, ¿cómo habían de ser únicos, cuando tantas y tan diferentes causas concurren en la vida á poner de relieve la discordancia ó falta de armonía que á cada paso resalta entre tantos sujetos y objetos como se mueven en derredor de nosotros? Por no ir más lejos, y sin salir de nuestra lengua, recuérdese el dicho de

Ó vistete como te llamas, ó llámate como te vistes;

y recuérdese igualmente aquello de

No viene bien el *don* con el *din*;

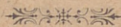
idea que tan felizmente expresó nuestro inmortal Quevedo, y que también se ha hecho proverbial en sus últimos términos cuando empezó uno de sus muchos y lindos romances diciendo:

Don Turuleque me llaman;
Imagino que es adrede,
Porque se zurce muy mal
El *don* con el *Turuleque*.

A igual propósito, por no decir despropósito, canta el siguiente ídem nuestro pueblo:

Por la calle abajito
va un pollo cojo;
San Pedro, que lo supo,
se echó un cuartillo.

JOSÉ MARÍA SBARBI.



INTERROGATORIO

- Buenos días.
—Buenos días.
—¿Está usted bien?
—Muy bien, gracias.
—¿Es usted D. Luís?
—El mismo.
—¿Y usted quién es?
—Yo, la Paca.
—¿La Paca?
—Sí, ó la *Curriya*.
—Pues no recuerdo.
—Me extraña.
—Bueno; yo sirvo.
—Lo creo.
—Quiero decir que soy fámula.
—¡Ah, vamos!
—Y como sé
que usted busca una muchacha
para todo, me he llegado
por si quiere usted hacer *changa*.
—¿De dónde es usted?
—Del Puerto.
—¿Y ha estado usted en muchas casas?
—En treinta.
—¡Diablo!
—Y de todas

me han echado.

—¡Pues no es nada!

¿Tal vez por sisar?

—¡Ay, no!

Yo en eso soy muy *esata*;
pero sabe usted, como una
es así, un *poquiyo* guapa,
y ustedes los *cabayeros*
tienen las manos tan largas,
muchas veces ocurría
lo natural: que las amas
cogían á los señores
con las manos en la masa,
y la *vitina* era yo
casi siempre.

—Bueno, Paca;

y usted, ¿qué hace?

—Soy *douceya*,

ó lo he sido, hablando en plata;
pero se empeñó un canario...

—¡Un canario!

—De Canarias,

en que había de dejar
de serlo, y por esta causa
ahora me dedico á todo
como cualquiera criada.

—¿Sabe usted leer?

—Al pelo

—¿Y coser?

—Como una máquina

—¿Es usted obediente?

—Mucho.

—¿Y dócil?

—Como una malva.

—¿Madruga usted?

—¡Ya lo creo!

—¿Me dará usted gusto?

—¡Vaya!

—¿Cuánto piensa usted ganar?

—Lo que á usted le dé la gana.

—¿Le tira á usted la milicia?

—A mí no me tira nada.

—¿Es cierto?

—Como la luz.

—Me gusta usted.

—Muchas gracias.

—Conque lo dicho.

—Lo dicho.

—No hay que hablar...

—Ni una palabra.

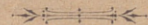
—Hasta mañana, Curriya.

—Señorito, hasta mañana.

(Vale mucho y es muy guapo.)

—(Vale mucho y es muy guapa.)

J. LÓPEZ SILVA.



LA ALIMENTACIÓN

EL hombre necesita alimentarse para vivir: hé aquí un pensamiento de la mayor novedad.

Si nos remontamos á los tiempos prehistóricos, nos convenceremos de que los hombres han comido siempre ó casi siempre.

Respecto á las mujeres podemos decir otro tanto.

Pero entre las hierbas al natural y los platos montados, nos encontramos con una escala gradual de alimentos verdaderamente asombrosa.

Aseguramos, los que damos superioridad al espíritu sobre la materia, que el alimento espiritual es indispensable para la vida del alma; pero lo cierto es que el prójimo que se ha pasado tres días sin comer manda el alma á paseo, y lo primero que pide á Dios es un buen trozo de solomillo.

Y es que el hombre podrá privarse de llevar alfiler en la corbata para adornarla; pero no de llevar algo en el estómago para entretenerle.

El ayuno involuntario produce resultados funestos; porque, así como la ociosidad en general es madre de todos los vicios, la ociosidad de los aparatos digestivos es, por lo menos, madrina de muchos crímenes.

¿Quién negará que puede conducir al patíbulo el deseo no satisfecho de unos perceves ó de una menestra?

Mediante el ayuno voluntario, el cuerpo enflaquece y el alma se nutre; mas el hombre que no se alimenta sucumbe forzosamente, lo cual es consecuencia de la afirmación con que principian estos indigestos renglones, que, aunque parecen escritos en colaboración con Pero grullo, constituyen una *interesantísima* serie de disquisiciones filosóficas al alcance de todos los estómagos ilustrados y por ilustrar.

Nuestros primeros padres se alimentaban muy económicamente y vivían dichosos.

Esto no quiere decir que no tuviesen también sus caprichitos gastronómicos en sus alegres festines del paraíso. Prueba de ello es la célebre camuesa que vino á partirnos por el eje á todos los mortales, haciéndonos padecer no pocos trabajos, gastar dinero en bautizos y parir á nuestros hijos con dolor (el que los pára).

De todos modos, el bueno de Adán jamás tuvo que pagar derechos de consumo por los artículos de primera necesidad, ni mucho menos por los de segunda, puesto que entonces no se estilaban las segundas necesidades.

Más tarde la civilización y el progreso han ido introduciendo gollerías en la alimentación de los hombres, pero con una lentitud considerable.

¿Querrán ustedes creer que en la Edad Media no se conocían aún los pasteles de *foie gras*? Verdad es que en este punto, para muchos mortales, continúa la Edad Media; porque hay quien no sabe con seguridad si el *foie gras* pertenece á las legumbres ó á los mariscos.

En los comestibles impera la moda, exactamente lo mismo que si se tratase de corbatines ó de sobrefaldas.

Existen, sin embargo, manjares perpetuos.

Dígalo si no eso que unos llaman el puchero y otros la puchera; es decir, el cocido clásico, desde la rica mezcolanza de mantecosos garbanzos, abundante verdura, sabrosísimo chorizo, jugosa carne, tierna gallina y succulento jamón, hasta el miserable revoltorio de enmascarados perdigonés, piltrafas vacunas y tocino encanijado.

Hay seres felices que están al tanto de las novedades gastronómicas que la moda va ofreciendo, las conocen prácticamente, y no leen noticia alguna con mayor interés que la referente al *plato del día*.

Pero todo tiene su compensación en el mundo. El pobre que sólo come *sota*, *caballo* y *rey* (como dice el vulgo), sabe constantemente cuál es su *plato del día*, y se evita el trabajo de enterarse por la prensa de lo que le corresponde comer.

Conozco yo una condesa que por cenar libichuelas estofadas y *petits pois anglais á la française* tuvo cierta noche un cólico franco-español que por poco la ocasiona un conflicto internacional en el estómago.

En fin, la moda del plato del día es para los pobres un *mito* y para los ricos un *timo*. Pero es un timo que honra á los que le dan por lo agradable que suele resultar á los que le reciben.

Las gentes de medio pelo, y aun muchas de pelo y medio, viven condenadas á sufrir las consecuencias de la adulteración de los comestibles baratos.

Algunos artículos se abaratan hasta ponerse al alcance de los bolsillos liliputienses. Con plantarles una marca rusa ó china, y decir que vienen del otro mundo en grandes cantidades, ya justifica el comerciante su aparente baratura; mas tienen tanto de legítimos como tengo yo de tiple ligera.

Así vemos substancias alimenticias que cuestan una friolera en la tienda y después un cólico en casa.

Pero en cambio, cuando los géneros se pagan bien... suele suceder lo mismo.

Hoy se falsifica todo y se imita hasta lo inimitable.

Esto no quiere decir que se hayan concluido para siempre los artículos de buena calidad. Pero lo cierto es que hoy se venden por ahí besugos artificiales.

Y batatas con erisipela.

Y truchas de mentirijillas forradas con talco jaspeado.

Y ciruelas pasas que ni son pasas ni ciruelas.

Y ostras en mediano uso.

Y latas con pimientos riojanos hechos á máquina.

Y queso de Rochefort con gusanos contratados.

Y embutidos de lomo de patrona.

Y otras mil atrocidades por el estilo.

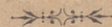
No es floja la que se desprende de cierta revelación misteriosa que hizo un comerciante á otro.

—¿Te acuerdas—le dijo—de la alfombra de moqueta que teníamos en la sala? Pues bien; con media arroba de aceite, otra media de vinagre y aquella alfombra reducida á muchos y bien disfrazados trozos, me han salido cincuenta latas de lenguado en escabeche.

¡Y luego extrañarán que haya quien muera de *alfombra brilla!*

¡Lo que yo extraño es que sea tan crecido el número de las personas que vivimos de milagro!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



ARMONÍA

I

—¡Celia, te amo!...

—¡Cuánto te quiero!

—Eres mi dicha.

—Tú, mi ilusión.

—Grandes honores, fama, dinero...

Nada ambiciono, nada prefiero

A estos placeres del corazón.

II

—¡Basta de amores!

—¡Ya se acabaron!

—Libres seremos desde este día.

—¡Vete ahora mismo!

—¡Granuja!...

—¡Arpia!

Y al mismo tiempo, luego exclamaron:

«¡Bendita sea nuestra armonía!»

ENRIQUE GONZÁLEZ Y QUESADA.

LOS VIERNES DE LOS SEÑORES DE VINAGRILLO (*continuación*), POR MECACHIS

77. Lo cual que no fué motivo suficiente para que la respetable señora de Vinagrillo desistiera de su propósito.



78. Y acercándose más á él, le colmó de frases cariñosísimas.



79. Pero cátense ustedes que cuando menos lo esperaba ¡zás!



80. Ante este ataque retrocedió la de Vinagrillo y Chilm vióse en el aire.

LOS VIERNES DE LOS SEÑORES DE VINAGRILLO (continuación), POR MECACHIS



81. Sin que por esto interrumpiese su pataleo, ya que no pudiese otra cosa.



82. Y en una de estas agitaciones dió con su cuerpo en tierra llevándose entre los dientes las narices de su víctima.



83. Todo lo que acabo de relatar tomólo el público por pasaje de la comedia, y encantado de su naturalidad y buena ejecución, rompió en un nutrido y prolongado aplauso que acabó por dejar sin sentido á la desgraciada señora Vinagrillo.

¡Y LO DUDAS!

Celoso estoy de las flores
Que te pones en el pelo,
y celoso de las perlas
con que te esmaltas el seno.

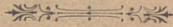
Celoso estoy de las brisas
que te cuentan sus misterios,
y de las blondas y encajes
con que aprisionas tu cuerpo.

Celoso estoy de las aguas,

celoso de los espejos,
y celoso de las pieles
que abrigan tu ebúrneo cuello.

Celoso estoy si te miran,
celoso si no te veo,
tengo celos de mí mismo,
del sol, la luna y el viento,
de tu madre si te besa:
¿dudas aún de que te quiero?

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.



A...

Al despuntar de la aurora
de la tuya á mi ventana,
¡cuán grato, ayer, Isidora,
nos era el hallar una hora
de nuestra unión ya cercana!

Mas ¡ay! que el tiempo pasó
con rapidez sin igual;
contigo otro hombre se unió,
y del ayer no quedó
más que el recuerdo fatal.

Palabras de amor creidas
enloquecen la razón,
y las pasiones mentidas
causan profundas heridas
del hombre en el corazón.

Por eso con mi dolor
camino con paso incierto
por este mundo traidor,
donde, por nada haber cierto,
hasta es mentira el amor.

Por eso hoy el pecho mio
no cesa de suspirar,
y voy la muerte á buscar
como las aguas del río
buscan el seno del mar.

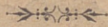
¡Dichosa tú, que, contenta
con tu nueva posición,
gozas placeres sin cuenta,
sin que amargura cruenta
desgarre tu corazón!

¡Dichosa tú, que del mal
librarte el Señor procura,
mientras mi duelo fatal
aumenta, desde la altura,
con un rigor sin igual!

¡Dichoso el hombre que aspira
al amor de una hermosura,
si él la amare con ternura
y advierte que ella le mira
con amorosa dulzura!

Pero si sólo un momento
tal placer ha de durar
cual leve soplo de viento,
habrá cual yo de llorar,
y llorar con sentimiento.

Que frases de amor creidas
enloquecen la razón,
y las pasiones mentidas
causan profundas heridas
del hombre en el corazón.
F. TALENS Y RAMÍREZ.



EL SUEÑO DE MECACHIS

HSE picarillo amigo nuestro, cuya gracia y talento echan la piernecita á tantas gracias ó saleros y talentos, estaba durmiendo á piedad suelta hace pocas horas, probablemente cuando podía estar haciendo uno de sus inimitables dibujos, y de buenas á primeras hizo ademán de disparar un tiro, y dijo:

—¡Dejadme! ¡dejadme! ¡yo le tiraré!...

Se trataba, como pueden ustedes suponer, de un conejo ó coneja; porque ha de saberse que el buen *Mecachis* es tan amigo de la caza, tan buen tirador, que nos suele dar malos ratos á los que creemos que está dibujando, cuando está cometiendo *conejejicidios* cual ninguno.

Estaba soñando, como después supimos, que tenía delante una porción de conejos; los cuales, asustados del gesto que *Mecachis* hizo al verlos, salieron á escape, y era muy natural, porque *Mecachis* llevaba la sana intención de matarlos. ¡Lamentable intención en un artista, cuyo corazón sensible debe inclinarse solamente á lo delicado, y bello!

Pero estas intenciones deben serle perdonadas en virtud de que se hallan muy generalizadas.

Es, pues, el caso que *Mecachis* creyó haber disparado y herido al conejo, y moviendo los brazos dijo de pronto:

—¿Te vas, tunante?... ¡Y no tengo otro tiro!... Pero yo te cogeré.

Y esto diciendo, saltó de la cama, entró en otra habitación, se acercó á la mesa, y, creyendo coger el animalajo, cogió un lápiz.

En esto, sea por el frío que le atacó en seguida los pies y flacas pantorrillas, sea por lo que fuese, despertó; y al ver que tenía el lápiz en la mano en vez del conejo del sueño, del Pardo ó de donde fuese, echó de ver la leccionceja que le había dado su afición á la caza y la casualidad.

Entonces dijo:

—Ahora mismo haré los dibujos. No dejaré para otro día lo que debo hacer hoy.

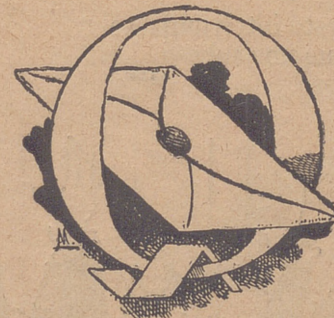
Y, en efecto, no sucederá eso de hacer él los dibujos... á tiempo.

MACACHIFLES.



Á UN ANTIGERUNDIOMANIACO

Sr. Director propietario de DON QUIJOTE.



HERIDO Pepe: Dispénsame si hoy saó tu nombre á relucir en letras de molde; pero hay cosas que no las puedo tener calladas so pena de que me brote una erupción en todo el cuerpo. (Estos giros de la literatura moderna sé que te disgustan, y por eso los uso; de algún modo me había de vengar de las muchas estrofas que me tienes recitadas del Dante, de quien, dicho sea de



paso y con perdón tuyo, tengo la misma opinión que el inolvidable Ventura de la Vega.)

Por el título habrán sacado en consecuencia la causa que lo motivó, y es seguro que desde su comienzo estarás esperando que te récrimine duramente por tu horror al gerundio.

Así es.

No creas, que le voy á defender, ni mucho menos á cantar una oda para ensalzarle; en primer lugar, porque es cosa que no me importa el poner en estas cuestiones los puntos sobre las íes; y en segundo porque tampoco sabría ponerlos; por lo cual dirás que la primera de mis razones huelga, y es verdad, y la segunda, si tú quieres también.

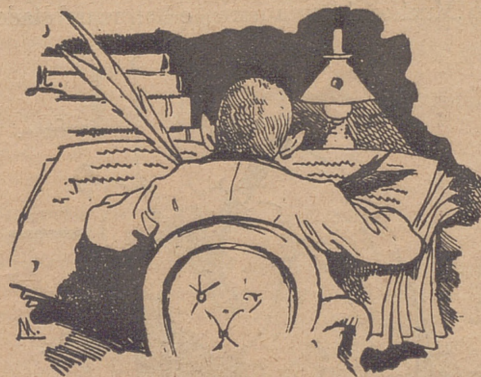
Lo que yo quiero sencillamente, amigo Pepe, es que dejes de mirar con malos ojos á los pobres gerundios. Comprendería tu antipatía al casero si le tu-



vieses y le deberías medio año; tu odio á la suegra, si te diera la mala ocurrencia de casarte; tu adhesión á los editores si lo que Dios no quiera, tuvieras que vivir de tus escritos, ¡pero odiar á los gerundios! ¡Tú! tú que no tienes casero que aguantar, ni suegra que sufrir ni editores que dar de comer, ¡tú! vuelvo á repetir, ensañarte con los gerundios que no se meten con nadie!

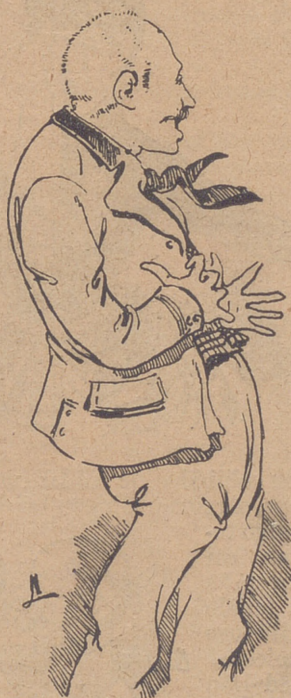
¡Vamos hombre! Eso no tiene perdón de Dios.

Paso porque si te causa tirria no los uses en tus artículos y poesías; paso porque si crees que es antiliterario escribas un libro en folio mayor poniendo como nuevo al gerundio y todos sus colaterales, caso de tenerlos, y cuyo libro puedes titular *El gerundio ó el manzanillo gramatical*; paso por ilustrástele igual que el presente articulejo para



ponerlo más en ridículo; paso por hacerte los dibujos gratis y, en fin, paso hasta porque me lo leas después de bien comido; pero eso sí, júrame por las once mil vírgenes del Japón no volver á ocuparte en el resto de tus días de gerundios, ni cosa que se lo parezca.

Parece mentira que, teniendo todo lo que se necesita para ser dichoso, te obstines en querer ser desgraciado por tomar tan á pecho eso del gerundio. Por tu malhadada manía no puedes leer antes de las comidas, ni durante las comidas, ni después de las comidas, porque la vista de un gerundio te produce un cólico.



Has despedido más criadas que pelos tengo, y tengo algunos, dicho sea sin intención de rebajar á nadie, no porque te sisasen, que eso para tí es de poca monta, sino porque, en sus conversaciones con

el aguador ó el panadero, la sorprendistes algún gerundio. Muchos de tus amores se han marchitado en



flor ó en rama por algún gerundio deslizado inadvertidamente en vuestras pláticas, y todos tus deudos y



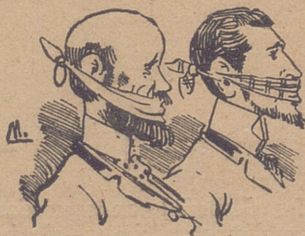
parientes viven cohibidos de hablar cuatro palabras por temor de proporcionarte algún berrinche.

Se de un amigo tuyo, poco fuerte en gramática, por más señas, que ha tenido el siguiente diálogo con un académico.

—Diga usted Don Fulano *sí*, ¿es gerundio?

—No, señor, afirmación.

—¿Y eso?



—Tampoco. ¿Por qué lo pregunta?

Porque no quiero soltar ninguno delante de un amigo; si tal sucediese..... ¡Usted no sabe! Nada!.... Adios amistad..... y adios Pepitode mi alma.

—¿Y qué piensausted hacer?

—Decir solamente sí ó no como Cristo nos enseña.

—Bueno, pero, ¿y si á la Academia leudiese la humorada de convertir en gerundios las palabras *sí* y *no*?



— En ese caso usted me hará el favor de avisármelo con tiempo, no sea que me tire una plancha. ¿Con que en que quedamos de eso los gerundios?

Para el caso de que escuches mi ruego bueno será que te vayas poniendo bien con ellos, leyéndote *Fray Gerundio de Campazas* y algún número que otro de la colección del *Fray Gerundio*.

De todos modos, con tus gerundios haz lo que quieras; pero á los demás deja que con los suyos hagan lo que se les antoje, que por muchas vueltas que los den no llegarán á hacerse con ellos ni un misero terno de seis duros.

—¡Ah! se me olvidaba. Para evitarte trabajo he querido yo mismo tachar los gerundios de este artículo; pero lo he leído seis ó siete veces y no le he encontrado ninguno.

¶ Esto no quiere decir que no los tenga.

¶ Es que yo no sé lo que son gerundios.



EDUARDO S. HÉRMELA.

NOCHE DE CONCEPCIÓN

Las hojas empezaban á caer de los árboles, rugosas y encorvadas como los ancianos á quienes llama la madre tierra; los primeros vientos fríos circulaban por do quiera, y en caprichosos remolinos impelían aquellas láminas, antes de esmeralda, á parajes desconocidos, ora volando de valle en valle, ora votándolas cual concavos bajeles sobre las aguas de los ríos; y las aves vocingleras entonaban sus últimos gorgoros, y perdían las primeras plumas, gala de su antiguo ropaje de primavera.

El Guadalquivir, ese río querido del árabe soñador, presentía la llegada del frío, que con grillos de cristalino hielo había de aprisionar sus bulliciosas ondas y gemía tristemente.

Menuda lluvia, semejante al aljófár con que bordaban sus velos las sultanías, había caído todo el día sobre la oriental Sevilla, orgullo aún de los árabes, cuyos predecesores la esmaltaron de alcázares, mezcuitas y pensiles.

A la hora del crepúsculo, el cielo quiso mostrarla una sonrisa, y las nubes plegaron sus alas encienientas para dar paso á un haz de rayos lumínicos que el rey de los astros se complació en mostrar envuelto entre celajes de violeta.

Mas todo era supérfluo para el triste prisionero que en hondo calabozo elevaba sus pupilas hasta los altos hierros por contemplar un estrecho girón del éter azulado.

Para el mísero no había amanecido aún el sol, ni aun al tocar los umbrales de Occidente.

A solas con sus melancolías, había sentido pasar las horas con la lentitud de las eternidades.

Luchando con la resignación, ya que no podía abrazarse á la esperanza, había pasado aquel día, nebuloso como su corazón, el infeliz *Cervantes* (1).

¡Prisionero él... El que había viajado libre por toda su patria, como el águila por los espacios! ¡El que había contemplado las aguas de Lepanto, de infelice, aunque gloriosa recordación! El, que en las playas argelinas había agotado hasta las heces el caliz del sufrimiento! El, cuyo número gigante necesitaba crear otros mundos, por ser pequeño el que sus plantas hollaban para contener su espíritu, infinito como el éter que se dilata en la inmensidad!

¡El estaba, sin embargo, confinado en un sordito recinto!

Allí « toda incomodidad tenía su asiento, y todo su asiento, y todo triste ruido hacia su habitación. » (2).

Allí había escuchado desde por la mañana sólo el estridente ruido de cadenas que se agitan y rastillos que se abren y se cierran; el eco de sollozos, maldiciones y cantares; la salmodia de rezos y letanías entonadas por los encarcelados que en procesión visitaban á sus míseros compañeros ya puestos

en capilla; los lamentos y despedidas de los reos que salían para espiar en afrentosas horcas, con cruentos y públicos azotes ó remando en las galeras, sus criminales aberraciones.

¡Ah! ¡Y todo esto sin saber cuando llegaría el caso de tantos sufrimientos.

La noche había cerrado lóbrega y tempestuosa, como el de un réprobo del Dante.

Siniestros relámpagos esclarecían á intervalos lejanos el tétrico calabozo en que moraba el sabio.

Los vívidos resplandores aumentaban al cesar la lobreguez de la estancia, y el hombre, en cuyo cerebro ardía la luz del genio, desechando momentáneamente los pesares que sumergían su alma en un oceano de penas más amargas que las salobres ondas, comenzó á sentir el anhelo de iluminar sus tinieblas.

Agitó el acerado eslabón y al punto brotó de las entrañas del pedernal la recóndita chispa que dormía.

Pero ¡ay! que la luz de la bujía mísera no pudo ni un punto disipar las sombras que como fúnebres gasas enlutaban su espíritu.

¿Cuándo rompería las cadenas que, cual á Prometeo, le adherían á la roca de su desgracia? ¿Cuándo luciría para él la aurora de los risueños días para aspirar el áura embalsamada de los campos, para deleitarse oyendo el trino cadencioso de las aves tendido sobre el césped y velado por el umbrío parasol de las florestas? ¿Cuándo volverían á contemplar sus ojos extasiados la infinita extensión del mar Atlántico que allá á lo léjos... muy léjos se abraza con los cielos?

Reflejo de sus tristes pensamientos era en verdad la noche.

Gemía el viento en las angostas calles, valladar interpuesto á su carrera: gruesas gotas de lluvia azotaban los muros de la cárcel: el trueno retumbaba, cual retumba el eco del alud en las cavernas.

¡Terrible noche aquella!

Cervantes, con la fiebre del delirio, pasaba la estancia.

Cada vez que cruzaba ante la vela, proyectaba en los muros de granito una gigante sombra, pequeña comparada con la que sus ideas embrionarias y confusas difundían por el santuario recóndito de su alma.

Cual luce el iris tras la tormenta aciaga, cual se aclaran las olas de la mar bravía y dejan ver los sonrientes bancos de corales y los pétalos de las acuáticas flores, cual al rasgarse el oscuro manto de la noche, se asoma el alba con diadema de perlas esplendentes, devolviendo á las rocas sus colores, al tímido jilguero la inspiración para su harpada lengua, y á las flores su esencia, incienso que en galardón modesto al Hacedor ofrecen; así empezaron á disiparse poco á poco las tinieblas de aquella alma que gemía víctima de la justicia.

Risueña, juguetera cual las auras de Abril, como gárrula charla del precóz infante, cual cervatillo que en el monte trisca, cruzó súbita por la mente del poeta la idea de un sér avellanado y seco, antojadi-

(1) Los Sres. Morán, Asensio y Fernández Guerra han demostrado *Cervantes Saavedra* no estuvo preso en Argamasilla de Alba, sino en la cárcel de Sevilla, y que esto acaeció durante el otoño de 1597.

(2) Palabras del prólogo del *Quijote*.

zo y lleno de pensamientos varios, y nunca imaginados de otro alguno» (1).

Impulsado por fiebre creadora, redoblabla sus pasos por la estancia el gran *Cervantes*.

En su mente, transfigurada por el delirio de las concepciones, bullía todo un mundo de criaturas que iban á deberle una vida perpetua, todo un cúmulo de aventuras caprichosas, y presidiendo á tan extraño génesis una idea profunda, benéfica y regeneradora.

La vela se convirtió en pavesas... ¡y el día no llegaba!

¡Cruel momento de ansiedad y martirio!

El mísero encarcelado había encontrado el medio de recorrer el mundo, burlando á sus guardianes... ¡por medio de su caballero andante.

¡Y es que no hay cautiverio cuando el alma vuela por las regiones del pensamiento libre!

De pronto un rayo emanado del disco solar penetró en la estancia.

Al punto una sonrisa se dibujó en los labios de *Cervantes*.

¡El sol había traído á su mente el nombre de *Don Quijote*.

VICENTE BAS Y CORTÉS.

SUELTOS Y ATADOS

EL tiempo sigue quedándose con nosotros.

Algunas comarcas continúan tan blancas y tan frescas, gracias á la nieve que las cubre.

En Madrid tan pronto reina la calma como el viento; el sol y los copos alternan con una facilidad que revela gran cuidado en los ensayos, y los habitantes de la corte no sabemos á qué atenernos con este pícaro clima que nos ha tocado en suerte, ó, mejor dicho, en desgracia.

Lo que dice uno de nuestros compañeros de Redacción:

¡Vive Dios que se hicieron
los que este pueblo fundaron!
Cuánto dinero gastaron,
y qué clima le pusieron!
¡No sé donde le buscaron!

Anteayer le fueron timadas 2.500 pesetas á un licenciado de Cuba por un licenciado de presidio, el cual será defendido por un licenciado en Derecho.

En algo se han de entretener los licenciados.

Por lo demás, nos cuesta mucho trabajo creer que haya todavía quien se deje timar.

El lunes tomaron la almohada en Palacio varias distinguidas damas de la nobleza.

Que sea por muchos años.

Nuestras señoras no pican tan alto.

Se conforman con tomar la almohadilla.

Y no es que no merezcan tomar hasta el edredón inclusive.

Según *El Monitor del Comercio*, llegó hace pocos días á la estación de Lérida una caja de acordeones, que

(1) Prólogo del *Don Quijote*.

estaba averiada por las ratas. Al moverla, salió de su interior uno de estos animalejos; pretendió el dueño reconocerla y se negaron á ello los empleados, diciendo: «No es posible; ya ve usted que, si hay avería, habrá sido producida por los ratones, y éste es un caso de fuerza mayor.»

¡Los ratones fuerza mayor!...

Aconsejamos á los que remitan acordeones de un punto á otro que no lo hagan sin incluir en el cajón que los contenga un par de gatos con buen apetito.

A mediados de la semana pasada falleció la leona del Parque de Madrid.

La Redacción de DON QUIJOTE se asocia de todas formas al dolor que en estos momentos aflige á la distinguida familia de aquella desventurada.

¡Descanse en paz!

Dice *El Resumen*:

«Llama la atención estos días en el salón bajo de la Alameda de Cádiz un gran número de paraguas procedentes del cargamento de un barco naufrago, que son allí colocados abiertos para que se sequen.

Los paraguas, aproximadamente, son unos 15.000.»

¡Morrocotudo salón el de la Alameda de Cádiz!

Por supuesto que un ejército de 15.000 paraguas con sus 15.000 puños y sus 120.000 varillas correspondientes, es capaz de ahuyentar á todos los nublados habidos y por haber.

Leemos en un anuncio:

«¡¡La calvicie ha muerto!!»

Dios la haya perdonado.

El director general de Seguridad, D. Carlos Ibáñez de Aldecoa, ha tenido la galantería de enviarnos un ejemplar de la *Estadística de la prensa periódica* que se publica en España.

Es un trabajo sumamente curioso y entretenido.

Por falta de espacio no nos ocupamos en lo relativo á los teatros.

Ha sido puesto á la venta el tomo 47 de la Biblioteca Demi-monde, *La primera fresa*, debido al Sr. Navarro, y publicado por la acreditada casa editorial de D. Francisco Bueno. Es chistosísimo como todos los de dicha biblioteca.

—¿Te vas, chico?

—Sí, á ver á mi novia Juana.

—¿Pues no la has visto hace una hora?

—No, hombre; esa es doña Juana, protectora de los pobrecitos.

—¡Ya! Y después irás...

—Después iré á casa de la Juana.

—Juana, doña Juana y la Juana... chico, no faltarán Juanitas, Juanicas y Juanillas en tu casa.

DULCE AVILESA

CONFITERÍA, FÁBRICA DE CHOCOLATES

CALLE DEL COMERCIO

Especialidad en conservas de todas clases. Completo surtido de los mejores géneros ultramarinos.

Excelentes chocolates á precios económicos. Se sirven pedidos en toda España.

CALLE DEL COMERCIO.—AVILA



COLON

FÁBRICA MODELO DE CHOCOLATES

ESPECIAL DE LA ARISTOCRACIA

COMESTIBLES FINOS
GORGUERA, 16, MADRIDNUESTRA SEÑORA DEL CARMEN
GRAN FÁBRICADE TEJIDOS MECÁNICOS PARA
TODA CLASE DE SACOS Y TELAS
DE ENVASE, DE YUTE, ALGODÓN,
LINO, CÁÑAMO, ETC.

Para que se vea que no hay géneros de esta clase mejores ni más baratos, la casa envía á los señores compradores y comisionistas, muestras, prospectos y cuantas noticias deseen. — Dirigirse á

JUAN TOBAR

en cuya casa se venden los productos.

SALVADOR 28, SEVILLA

CONFITERÍA

DE

SÁNCHEZ Y VIVANCOS

PRECIADOS, 14, MADRID

Cajas para bodas, bautizos y cruzamientos. Objetos caprichosos y bombones finos.

Especialidad en ramilletes y bandejas elegantemente adornadas. Los encargos se ejecutan con gran rapidez.

JUAN TOBAR

SALVADOR, 28, SEVILLA

Esta casa fabrica toda clase tejidos de yute, algodón, lino, cáñamo y lanas.

Sacos para envases de harinas, granos minerales, etc.; telas para enfardalajes, lonas para toldos y velamen de buques.

Tiene especialidad en maromas de cáñamo para buques y minas alquitranadas y en blanco, tanto en cáñamo como en abacá; cáñamos, yutes y abacá en rama como asimismo rastrillados. — TELEGRAMAS, TOBAR, SEVILLA.

SUPERIORES CHOCOLATES

DE

MATÍAS LOPEZ

MADRID—ESCORIAL

Venta en 1886, 4.000.000 de paquetes.

Este dato demuestra la importancia de la Casa y la predilección del público por esta marca.

TES, CAFÉS, SOPAS

De venta en todos los establecimientos de ultramarinos y confiterías de España.

EXIJASE LA VERDADERA MARCA

COMPAÑÍA COLONIAL

PROVEEDORA DE LA REAL CASA

ACREDITADOS CHOCOLATES Y CAFÉS

28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y para su director la Cruz de la Legión de Honor
en la Exposición Universal de París de 1878.

TES.—TAPIOCA.—SAGÚ

BOMBONES FINOS DE PARÍS

DEPÓSITO GENERAL... Calle Mayor, 18 y 20

SUCURSA Montera, 8.

y en todas las tiendas de comestibles de España.

SOMBRERERÍA

de

LUIS MARTÍN

Plaza Mayor, 13

Elegante, rico y variado surtido en toda clase de sombreros, importados de las mejores fábricas extranjeras.

DICCIONARIO RECOPIADOR

de los
PUNTOS RESUELTOS

por el

TRIBUNAL SUPREMO

DE JUSTICIA

por

P. SAENZ HÉRMUA

precedido de un informe
de la

Academia de Jurisprudencia

Se halla de venta en casa del autor, Claudio Coello, 17, tercero

CARPINTERÍA

de

GUILLERMO BERMEJO

CABEZA, 25, MADRID

Se hacen toda clase de obras pertenecientes al ramo, por difíciles que sean, con gran rapidez y esmero. Lo módico de sus precios y la perfección con que ejecuta los trabajos, hacen digno del favor que el público le dispensa.

LAS COLONIAS

CAPRICHOS

PARA

REGALOS

RAMOS

Y

BANDEJAS

GRAN CONFITERÍA DE CARLOS PRAST

ARENAL, 4, MADRID

CONSERVAS

QUESOS

ELEGANTES

CAJAS

PARA REGALO

FAISANES

LA VERDAD

J. BARREIRO

106, MAYOR, 106

Confección de vestidos y abrigos para señoras y niños.

LEGÍTIMO VINO RANCIO

DEL PRIORATO

DE LA COSECHA DE 1870

El mejor del mundo para enfermos y convalecientes, á 2,50 y 4 pesetas botella.

DOMINGO CARDONA

RONDA DE SANTA BÁRBARA, 1

Junto á la Glorieta de Bilbao.

SE SIRVE A DOMICILIO

DR. MORALES

Especialista en sífilis, véreco, esterilidad é impotencia. Tratamiento especial y breve, acreditado en miles de enfermos. Sus célebres píldoras tónico-genitales curan la debilidad, impotencia, espermatorea y esterilidad.

CARRETAS, 39, MADRID